

El Militarismo

Sus orígenes y su función

No son muy satisfactorios los orígenes del militarismo. Ernesto Renan los describe del modo siguiente:

«Un ejército en la antigüedad tenía casi siempre por origen una partida de bandidos, ó, lo que viene á ser lo mismo, de gentes que no querían trabajar y habían resuelto vivir del trabajo de los otros. Naturalmente, estos bandidos, una vez reconocida su autoridad, se convertían en los protectores de aquéllos que trabajaban para ellos. Así se creó el orden en el mundo por el bandido transformado en gendarme.»

¡No es mal «orden» el instaurado y perpetuado por semejantes ordenadores! Un diario burgués, *Le Figaro*, en un día de mal humor, lo definió perfectamente:

«El secreto de la tiranía y el problema de los gobiernos consiste en hacer que los pobres uniformados vigilen á los pobres de blusa.»

Este arranque de franqueza remonta á 1891, y de seguro que no ha vuelto á reproducirse. Buscando por otro lado, hallamos los orígenes del cuartel, que nos ofrece Anatole France en los siguientes términos:

«El cuartel es una invención repugnante de los tiempos modernos, pues no pasa del siglo XVII. Antes no había más que el cuerpo de guardia en que los soldados jugaban á naipes ó contaban cuentos. Luis XIV es un precursor de la Convención y de Bonaparte; pero el mal ha alcanzado su plenitud con la institución del servicio obligatorio. Haber hecho una obligación á los hombres de matar es la vergüenza de los emperadores y de las repúblicas, es el crimen de los crímenes. En las edades llamadas bárbaras, las ciudades y los príncipes confiaban su defensa á mercenarios que hacían la guerra como diestros y prudentes, y solía haber pocos muertos en una gran batalla. Y, á lo menos, el que iba á la guerra, no iba forzado; se hacía matar voluntariamente. No hay duda que no ser-

virían para otra cosa, pero en tiempo del rey de Francia, llamado San Luis, á nadie le hubiera ocurrido la idea de enviar á la guerra á un hombre de saber y de entendimiento; tampoco se arrancaba al labrador del terruño para llevarle á la hueste. Ahora es otra cosa; se obliga al pobre campesino á ser soldado: se le arranca de la casa, cuyo techo humea en el pacífico silencio de la noche; de las hermosas praderas, donde pasta y trisca el ganado; de los campos, de la viña, del olivar, donde aprendió á trabajar ayudando á su padre, y se le lleva á un cuartel, en cuyo patio se le adiestra en el arte de matar hombres.

En Francia son los hombres militares y además son ciudadanos. ¡Gran cosa ser ciudadano! La ciudadanía para los pobres consiste en sostener á los ricos en su poder y en su ociosidad, trabajando en la majestuosa igualdad de las leyes, que prohíben al rico y al pobre dormir en los quicios de las puertas, en los bancos de los paseos ó á la luua de Valencia, mendigar en las calles ó robar pan...»

Sí; defender á los que mandan y á los que pueden es la función del militarismo; mas para que los desheredados acepten más fácilmente esa imposición monstruosa, que consiste en oprimirse á sí mismos, se les dora la píldora hablándoles de patria y mostrándoles el espectáculo de la frontera.

A este propósito escribe Luis Menard:

«El ejército se dirige menos á defender el país contra los enemigos de fuera que á sostener el gobierno en el interior contra los que llaman los eternos enemigos del orden...»

»La invasión extranjera no causa gran daño á los privilegiados; todo se reduce á pagar una indemnización de cinco mil millones que se sacan del trabajo sin que por ello disminuyan las rentas, mientras que una insurrección de ilotas amenaza por igual á to-